

nos tratábamos como viejos amigos. No seré indiscreto pronunciando su nombre que es tan conocido, porque si bien su prision no tenia motivo alguno que fuera deshonoroso, no me parece que haya necesidad absoluta de nombrarlo causando á él ó á su familia el disgusto de evocar malos recuerdos ó cualquiera clase de mortificacion.

Entonces si me consideré como el pez en el agua. Tenia cerca de mí á un exelente compañero al principio y despues un muy buen amigo, con quien pasar las horas conversando agradablemente; tenia un balcon á la calle; tenia dos habitaciones amplias y regularmente ventiladas; tenia muebles suficientes para recibir á mi familia y á mis visitas todos los dias; tenia una puerta vidriera frente á la escalera, única que aquellas tenian que franquear para abordarnos, sin necesitar pedir permiso á nadie con total independencia de las oficinas, tenia por último un escritorio que fué cubierto en pocos dias de libros y papeles....¿qué mas podia apetecer un hombre privado de la libertad? La cárcel es siempre la cárcel, para dejar de ser el purgatorio ó el infierno desde que se tienen algunas comodidades.

Por mi parte llegué á ser casi dichoso con aquel beneficio que tan bondadosamente me habia proporcionado el Sr. Aragon en los momentos en que el juez de mi causa, mis amigos, todo el mundo, me habian vuelto la espalda....

Una nubecilla vino á los pocos dias á oscurecer aquel bienestar relativo: la falta de recursos. Con an-

## CAPITULO XXV.

### EL ARIETE DEL SIGLO.

Mi nuevo alojamiento en la Martinica estaba en el departamento de la Alcaidia, componiéndose este de varias piezas que ocupaban los empleados con sus camas, nosotros los presos estábamos en las dos últimas piezas, una de las que tiene un pequeño balcon para la Callejuela. Aunque el carcelero al ponerme allí me designó un rincon de la pieza que no tenia vista á la calle, frente á la cama de mi compañero, dándome á entender que no me era lícito moverme de ese lugar, como yo observara que el otro preso hacia uso tambien de la pieza del balcon, me fuí tomando poco á poco las mismas libertades, sin que por entonces hubiera quien me lo reclamara.

Mi compañero de prision, de nacionalidad francesa, de carácter comunicativo y alegre como todos los franceses, hizo que pronto nos tratáramos con franqueza, de manera que al amanecer el dia siguiente ya nos habiamos contado nuestras respectivas historias y

gustia vi que el producto de los insignificantes bienes que posea en Guadalajara estaban tocando á su término y que de allí en un mes no tendría materialmente con que sostener á mi familia. Ya mi prision se había prolongado por más de siete meses.

En estas circunstancias apremiantes, cuando vi cerradas las puertas á toda esperanza de avenimiento con el gobierno, puesto que era yo un miserable gusano de quien ni siquiera se acordaba para darle el castigo que merecía si era culpable; cuando tenia que hacer algo para preparar á mis amigos el terreno de la revolución; perspectiva única que nos quedaba para levantarnos del abismo á que se nos había arrojado sin compasión, comencé á madurar el proyecto de escribir un periódico.

Iba de acuerdo este proyecto con mis ideas románticas; después, el día en que se descubriera vendría á ser para mi un día magnífico: iba además á presentar el único caso en nuestra historia de que se escribiera un periódico contra el gobierno desde el fondo de una prision.

Entonces traté de ponerme en comunicacion con varios impresores; pero como mi nombre habia empezado á sonar apenas como el de un político ó revolucionario de provincia, no hubo uno que quisiera hacerme formal. Dos condiciones me exigian difíciles ambas de poder llenar en mi situacion; la garantia del pago y la garantia de la responsabilidad personal en lo que iba á publicarse. Como tenia empeño en el asunto, á fuerza de perseverancia venci las principales dificultades y pude anunciar el primer número de un pe-

riódico jocoso para el día 20 de Febrero. Salí en efecto y tuvo tal aceptación, que ya no me fué necesario gastar más que una parte insignificante de los noventa pesos en que consistia á la vez mi fortuna destinada á fomentar mi nueva empresa, á la vuelta de unos cinco números ya el periódico me daba lo muy necesario para acudir modestamente á la subsistencia de mi familia.

Era consecuencia natural que, atacando en mis escritos con rudeza los abusos de la administracion, principalmente conociéndolos como los conocia por ser una de sus víctimas, el periódico llamara muy pronto la atencion de los altos funcionarios públicos, quienes se devanaban los sesos buscando entre los periodistas conocidos al audaz escritor que los estaba poniendo en berlina. Pero como ni en la misma imprenta de Garcia Torres donde se publicaba el periódico era conocido el nombre del redactor, pude valiéndome de segundas manos, conservar por algun tiempo el incógnito, creciendo por esa circunstancia el interes de la publicacion. Se echaba la vista encima á todos los escritores de ese género y se veia que ni siquiera podian ser sospechados de manifestarse hostiles al gobierno de quien recibian grandes favores.

Los hombres del poder pusieron en juego la policia y las influencias para descubrir al redactor del periódico; el público de los políticos decia:

—¿Quién es ese atrevido que se pone frente á frente de este gobierno arbitrario muy capaz de jugarle una mala pasada? ¿Quién es ese temerario que tiene

ánimo para levantar la cabeza ahora que todos estan amilanados ante la omnipotencia de D. Sebastian Lerdo? ¿Quién es ese tonto que desafía al poder en estos momentos en que las cárceles estan llenas de descontentos políticos y en que tan fácilmente se desembaraza aquel de sus enemigos?

¡Pero qué! si yo no tenia conciencia ni del peligro á que me esponia ni del disgusto que al elemento oficial estaba produciendo. Se me figuraba la cosa mas llana designar uno á uno los abusos que se estaban cometiendo y pedir que se pusieran en práctica y en vigor cada uno de los preceptos constitucionales que se habian estado viendo hasta entonces como letra muerta.

No faltó alguno de los que ya conocian mis escritos en los Estados, que sugiriera á los hombres del poder la sospecha de que yo estaba redactando el *Padre Cobos*, porque un dia se presentó en nuestras habitaciones el secretario del gobernador Sr. Manuel Mercado y estuvo hablando largo rato con mi compañero de prision. Este se manifestó sorprendido de las preguntas que se le hacian, pues realmente no sabia nada y siempre me habia encontrado estudiando ó escribiendo mis lecciones de inglés. Asi es que él pudo contestar con ingenuidad:

—Estoy seguro de que aqui no se escribe ningun *Padre Cobos*.

Se detuvieron las pesquisas unos cuantos dias, pero luego volvieron con mas fuerza.

Un empleado del gobierno, paisano mio y compañe-

ro de colegio, fué encargado de acercárseme con cualquier pretesto y de vigilarme. Tocó esta innoble mision al célebre Agustin Caravantes. El dia menos pensado cayó como llovido del cielo en mi prision manifestándose muy interesado en mi suerte.

—Voy á sacarte de aqui, me dijo lleno de conviccion.

—Tú? le pregunté con mucha estrañeza.

—Por supuesto: soy gefe de una seccion en el Ministerio de Justicia y tengo influencia con los jueces.

—Pues chico, le dije con el aire de incredulidad consiguiente á todo lo que me venia pasando, haz en mi favor lo que puedas. En mi situacion debo aceptar todos los servicios que se me ofrezcan.

Y desde ese dia siguió menudeando sus visitas, sin que mi negocio judicial presentara muestras de dar un paso. De cuando en cuando me llevaba alguna noticia en coneccion con la causa que dizque me estaba instruyendo el juez de Distrito; pero á esto le daba un lugar secundario fijándose mas en los papeles que de ordinario tenia encima de mi mesa. En una vez sali de intento dejándole solo y cuando regresé lo encontré *infraganti* registrando mis manuscritos. Le reprendí sin reparo aquella fea conducta, y no volvió mas á verme, quedando perdida hasta la fecha nuestra amistad.

Hago á un lado esas tonterias y seame permitido para terminar este capítulo dar una rápida ojeada sobre la situacion en aquella época.

Ocupaba la presidencia de la República el gran

patriota D. Benito Juárez y componian su gabinete D. Sebastian Lerdo de Tejada, Ministro de Relaciones, Gral. Ignacio Mejía Minittro de Guerra, D. Matias Romero de Hacienda, D. Blas Balcárcel de Fomento y D. José M. Iglesias e Ignacio Mariscal de Gobernacion y Justicia.

Este pequeño círculo llamado de los hombres de Paso del Norte, por haber huido hasta ese lugar algunos de ellos en tiempo de la intervencion francesa, estaba á la vez causando profundos males á la República Mexicana. Se acusaba á D. Sebastian Lerdo de ser el instigador de esa politica, quien llegó á ejercer sobre el ánimo del Sr. Juárez una influencia tan constante como perniciosa.

Se creia que hubiera sido una luz para el Presidente el fracaso de laconvocatoria expedida al terminar la guerra extranjerá y que fué segun recordarán los lectores «La Manzana de la Discordia» lanzada en medio de aquella situación. El partido liberal todo, se disgustó de que se quisiera dar al clero un lugar en la política despues de que habia sido el autor de la intervencion francesa y de que se quisiera sorprender al pueblo arrancándole el arma del veto para el Ejecutivo, arma que venia á echar por tierra el sistema parlamentario convirtiendo en entidad nula el poder legislativo; pero el Sr. Juárez seguía dominado por el Presidente de su Consejo y de esa manera pudieron ver los mexicanos llenos de estupor que se sofocaban los motines políticos con fusilamientos en masa como los de Puebla y Yucatán; que las garan-

tias individuales no eran respetadas ni en el santuario del hogar: que las leyes, vaciadas en el mismo molde de la de 3 de Octubre de Maximiliano, se expedian frecuentemente inundando de sangre el territorio de la República: que se derrochaban los fondos públicos improvisando las fortunas de la mayor parte de los hombres de la situación; que no eran llamados á desempeñar empleos del gobierno mas que á los parientes y amigos íntimos; que todo era abuso, desorden, corrupcion en la esferas oficiales, mientras que el malestar y la miseria misma estaban apoderándose de las clases infortunadas de la sociedad; que el vandalismo tomaba un desarrollo nunca conocido, porque mas se perseguia á los descontentos políticos que á los salteadores de caminos; que para deshacerse de los enemigos se inventó la famosa *ley fuga* que consistia en suponer que los presos trataban de escaparse y que sus guardianes se veian precisados á hacerles fuego y á acertarles; que nunca en suma se habia visto mas relajada la moralidad de una administracion.

La prensa, como todo lo que hacia referencia á las instituciones, tenia una libertad aparente: en este punto, como en el de mantener un cuerpo legislativo, como en el de hacer creer que los Estados eran soberanos é independientes, se trató siempre de conservar las fórmulas, pero nada mas que las fórmulas. Los escritores no eran perseguidos como escritores, sino como conspiradores ó como militares desobedientes, aunque los mas estaban amparados por el fuero constitucional que tambien aparentemente era respetado.

Esta política pintada á grandes rasgos, que la histo-

ria imparcial delinearé alguna vez con todos sus caracteres, ofrecia un campo vasto á la prensa de oposicion, que impulsada casi por el *Padre Cobos*, comenzó á hacer sentir sus efectos en la opinion pública.

Pero como no hay oposicion fructuosa si no se presenta al frente del gobierno un partido organizado que dé garantías de enmendar los yerros combatidos, con un gefe querido del pueblo que fortifique las esperanzas defraudadas; como despues de una lucha reciente tan fatigosa como fué para México la intervencion extranjera, nose tienen mas aspiraciones que las de la paz y del trabajo siendo entonces necesario persuadir á todos de que es necesario emplear nuevos sacrificios para alcanzar tan hermosos bienes, tuvimos que ponernos de acuerdo los que escribiamos para el público en estos puntos capitales: 1° Formar un partido fuerte de los hombres amantes de establecer formalmente en el país el principio constitucional. 2° Elegir un caudillo. 3° Fortalecer de tal modo la opinion, que estuviéramos listos para buscar el triunfo á mano armada si no se nos dejaba otro camino.

Mi obra pues se redujo á los sencillos términos de afear los manejos reprobados de lo que llamábamos entónces la dictadura y de enaltecer al mismo hombre á quien yo habia sido el primero en postular para Presidente de la República: al general Porfirio Diaz.

## CAPITULO XXVI.

### ANGUSTIAS.

En medio de todos estos azares y de tan repetidos y variados sufrimientos y desengaños, tenia un consuelo, el de la correspondencia diaria y activa que mantenía con mis amigos los presos de Santiago Tlalotelco: todos los días se cruzaban mis cartas en las primeras horas de la mañana con las de Sanchez Ochoa, Granados, Toledo y Gagern. Los tres primeros me hablaban siempre de conspiraciones y golpes de mano que proyectaban incansablemente: el último me felicitaba por el éxito inesperado que estaban alcanzando mis valientes escritos. Nada me era mas grato en la soledad de la prision que recibir diariamente aquellas cartas y recoger en lo íntimo de mi corazon los pensamientos de mis buenos amigos. Es conveniente saber que yo siempre fuí, tratándose de la amistad, un devoto, un fanático y un mártir.